



Red Mundial de Oración del Papa



**“Ignacio ve ‘llamear las cosas’ (*Isaac el Sirio*)
con el fuego del amor divino
y el estallido fulgurante de su
belleza en el interior de cada cosa”**
Máximo el Confesor

Índice

EDITORIAL, <i>Álvaro Lacasta, S.J.</i>	3
INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE CONFIADAS A LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN, AGOSTO 2021	7
<i>Viene Jesús a decirnos: “Dame de beber”</i>	
HUMOR, POESÍA Y ESPÍRITU, <i>José María Fernández –Martos, S.J.</i>	11
<i>La sed de Jesús revela la sed humana, Jean Vanier</i>	
LA MADRE DE DIOS SE APARECE COMO COROMOTO <i>María García de Fleury</i>	24
<i>“Al llorar el niño busca a un interlocutor que recoja el más auténtico de los mensajes: el de mi cuerpo” Françoise Dolto</i>	
PERCIBÍ QUE ESTABA SEDIENTO, <i>José Tolentino.</i>	29
<i>“Existencia exaltada por la sed” Thomas Merton</i>	
“SER HERMANOS NO ES SIMPLEMENTE CUIDARNOS LOS UNOS A LOS OTROS, SINO HACERNOS AMIGOS”, <i>James Martin, S.J.</i>	41
DIOS RESPONDE SIEMPRE, <i>Papa Francisco</i>	47
<i>“La oración de la sed”</i>	
CONTACTOS	53
<i>“Hay más de Dios que de agua, en una gota de agua” Pascal</i>	

Editorial

Continuamos celebrando los 500 años de la conversión de San Ignacio de Loyola. Un pobre hombre en sus aspiraciones humanas y reales, auténtico cristiano a la hora de comprometerse con Cristo, en sus dichos y hechos. La suya, hazaña espiritual intransferible ante la trascendencia a través de una experiencia espiritual profunda y radical. Hoy, los Jesuitas afinan de una forma sublime los numerosos modos de transmitir la presencia abrasadora de Dios, válida para todos los siglos: *“No el mucho saber harta y satisface el alma, más el sentir y gustar de las cosas internamente”* (Ej. 21).

José María Fernández-Martos, nos brinda la original reflexión sobre el humor, la poesía y el Espíritu, todo ello se articula y configura desde el camino de la conversión espiritual que recorrió San Ignacio de Loyola. Palabra llena y comprometida generosamente con los demás, y nosotros. Podemos atestiguar, ¡Qué extraña condición de que nada colme al hombre, angosta ventana de palpable finitud y mucho paisaje de huidiza infinitud!: “la sed que tengo no me la colma el beber” (Machado). Excelente y original artículo, que no tiene pierde.

La hermosa participación de José Tolentino: “Percibí que estaba sediento”, tiene mucho que ver con la que ofrece José María: “El elogio de la sed” no es sólo poesía. El embrujo de los ríos que nos citan en el mar, cuanto tiene que ver con la “sed

de Ignacio”. Así son las cosas. El río de la vida, en el Cardoner, aumentaría la sed de Ignacio de por vida. Contactar con su propia sed, no fue fácil para Ignacio, tampoco lo será para nosotros. La transformación no se produce si impermeabilizamos la vida en su certeza y nos proyectamos en una idealización que luego nos impide ver la vida tal como es, con sus formas y sus deformaciones, con sus susurros y sus gritos. A veces estamos absolutamente sedientos y no nos apercebimos de ello. La capacidad de autoengaño es muy frecuente: parece que todo fluye, pero en el fondo no es así. Hablar de sed es comenzar a auscultar en profundidad de la vida. Ante la sed nos preguntamos: pero... ¿sedientos de qué?; ¿de quién? No podemos simular que la sed no existe. De que sepamos “escucharla” depende la cualificación espiritual de la vida. Es decir, si escuchamos la propia sed interpretamos el deseo que habita en nosotros.

Y, finalmente, el aporte del P. James Martín, s.j., experto mundialmente en el tema de la oración: No oramos porque no sabemos, no sabemos porque no oramos. Expresa en su título: “Ser hermanos no es simplemente cuidarnos los unos a los otros, sino hacernos amigos”. Este jesuita sacerdote, escritor y editor general de la revista Jesuita América, también es autor de los best sellers en The New York Times. Este libro de la

***No oramos porque
no sabemos, no
sabemos porque
no oramos***

oración se diferencia de otros en que trata de hablar de lo que ocurre cuando se reza. Lo que la gente quiere saber es qué pasa cuando rezas. El padre Martín afirma: “cuando

digo todo el mundo puede rezar, lo digo de verdad”. Añade: *“Dios busca una relación con cada uno, creo que todos podemos experimentarla. Y todos tenemos el deseo de rezar, tenemos un deseo de estar en una relación con Dios. Yo diría que este deseo viene de Él. Es la manera que tiene Dios de acercarnos a Él. Por eso ese deseo de oración es el deseo de Dios para ti y es así para todos”*.

Aquí, hace referencia al resumir la gran encíclica del Papa Francisco *Laudato Si*, con una frase poderosa que él usa: “Todo está conectado”; resumiendo, “Todos están conectados”... Hacernos amigos. Significa tomarse el tiempo para escucharnos, unirnos a los demás en tiempos difíciles e incluso llorar con ellos. ¡Y reír también! En este caso, una de las cosas más importantes es que el que busca reconozca que el mismo deseo por la oración proviene de Dios: “Así es Dios los está atrayendo”. Cuenta una experiencia personal: “Una pequeña placa en una casa de retiro resumió para mí: *“Lo que buscas te está buscando”*”.

Como complemento real, el Papa Francisco, en una catequesis, sobre la oración, formuló el tema de la oración: *“Dios responde siempre”*. Recordó: “el pedir, el suplicar es algo muy humano, dependemos de la bondad del Señor. El ser humano es una invocación, que a veces se convierte en grito, a menudo contenido. El alma se parece a una tierra árida, sedienta, como dice el salmo (63,2). Todos experimentamos en un momento u otro de nuestra existencia el tiempo de la melancolía o de la

***“Dios
responde
siempre”***

soledad. La Biblia no se avergüenza de mostrar la condición humana marcada por la enfermedad, por las injusticias, la traición de los amigos, o la amenaza de los enemigos. No hay orante en el libro de los Salmos que levante su lamento y no sea escuchado”.

Conectados con todos los hombres y mujeres pidamos a Dios que vivifique nuestra oración y transforme nuestro corazón.

Álvaro Lacasta s.j.





INTENCIONES DE ORACIONES
DEL SANTO PADRE CONFIADAS A
LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN

Intención para
la evangelización:
La iglesia

**“Recemos por la Iglesia, para que reciba
del Espíritu Santo la gracia y la fuerza para
reformarse a la luz del Evangelio”**

Pablo VI invitó a ampliar el llamado a la renovación, para expresar con fuerza que no se dirige sólo a los individuos aislados, sino a la Iglesia entera. Recordemos este memorable texto que no ha perdido su fuerza interpelante: «La Iglesia debe profundizar en la conciencia de sí misma, debe meditar sobre el misterio que le es propio. [...] De esta iluminada y operante conciencia brota un espontáneo deseo de comparar la imagen ideal de la Iglesia —tal como Cristo la vio, la quiso y la amó como Esposa suya santa e inmaculada (cf. Ef 5,27)— y el rostro real que hoy la Iglesia presenta [...] Brota, por lo tanto, un anhelo generoso y casi impaciente de renovación, es decir, de enmienda de los defectos que denuncia y refleja la conciencia, a modo de examen interior, frente al espejo del modelo que Cristo nos dejó de sí» [23].

El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a

Jesucristo: «Toda la renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el aumento de la fidelidad a su vocación [...] Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena, tiene siempre necesidad» [24].

Hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin «fidelidad de la Iglesia a la propia vocación», cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo.

Papa Francisco



COMENTARIO PASTORAL

El Espíritu Santo es quien da la gracia y la fuerza para que la Iglesia se reforme a la luz del Evangelio y a él se las debemos pedir. La gracia es la luz, la iluminación, saber en qué nos debemos reformar como Iglesia; y la fuerza es la voluntad, la determinación de hacerlo.

¿Y en qué se debe reformar? Como nos lo dice el papa Fran-

cisco en la *Evangelii Gaudium* debe profundizar en la conciencia de sí misma, porque no es una Ong u otra institución fundada por la buena voluntad humana de hacer bien a los demás. Es una institución mucho más profunda y misteriosa, nada menos que la esposa de Cristo, quien se entregó por ella para hacerla santa e inmaculada.

Sabemos que la Iglesia no ha respondido siempre a ese modelo, tal vez sólo en los primeros tiempos de persecución y martirio. Históricamente fue derivando hacia una especie de monarquía absoluta, que exigía sumisión y reconocimiento, que trataba de influir como otro poder mundano más, con territorios, ejércitos y tratados con otros poderes. Cuando perdió su territorio y se redujo a lo que hoy es el Vaticano, todavía reclamó reconocimiento y veneración de las autoridades eclesiásticas. Los papas recientes fueron abandonando títulos y capisayos, capas pluviales y tronos y demás muestras de vanidad anticuada. Ya abandonaron el “nos” cuando escriben documentos y su trato es llano y acogedor, como lo hace el actual papa. Las estructuras económicas también

están siendo reformadas por el papa Francisco, porque el dinero siempre es tentador y hubo irregularidades que necesitaban corrección.

Pero la Iglesia somos todos y los fieles creyentes la conforman tanto como los dirigentes. Por eso la intención de la oración apela a la conciencia de todos: ¿me siento Iglesia?, ¿considero a los demás como miembros de una misma familia?, ¿estoy dispuesto a colaborar en alguna de tantas iniciativas de mi parroquia o de mi diócesis?, ¿voy a educar a mis hijos en una fe alegre y práctica?, ¿hago oración todos los días, leo la Biblia, y busco comentarios religiosos por internet?

El Espíritu Santo nos dará la gracia y la fuerza para reformar esta Iglesia nuestra que tanto queremos.

P. Fco. Javier Duplá sj.

Elogio de la SED



Viene Jesús a decirnos: “Dame de beber”

No es fácil reconocer quien tiene sed, porque la sed es un dolor que descubrimos poco a poco dentro de nosotros, por detrás de nuestros habituales relatos defensivos, asépticos o idealizados; es un dolor antiguo que, sin apenas darnos cuenta, descubrimos como se ha reavivado, y tememos que nos debilite; son heridas que nos cuesta afrontar y, más aún, aceptar con fiadamente.

|

“Si quieres construir un barco, no empieces por enviar a los hombres a buscar madera, distribuir el trabajo y dar órdenes. En vez de eso, enséñalos a anhelar el vasto e inmenso mar. Cuando se haya avivado esa sed, entonces hay que ponerse a trabajar para construir un barco”.

Antoine de Saint-Exupéry

HUMOR, POESÍA Y ESPÍRITU

José María Fernández – Martos

*“Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja,
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua”
(Gerardo Diego)*

RESUMEN

Tenemos vocación de hondura, de profundidad, de sentido, de “más” que lo que nos es dado como evidente y certero. El humor, la poesía y el Espíritu convertido en Palabra de vida no solamente son un modo de alcanzar esa plenitud y radicalidad buscada y deseada por el ser humano; son también diferentes lenguajes para hablar de Dios, para tener experiencia de la Transcendencia necesaria y modo y manera de comunicar una experiencia, que quizá sólo de este modo se convierte en comunicable, en palabra llena compartida generosamente con otros. La original reflexión sobre el humor, la poesía y el Espíritu se articula y configura desde el camino de conversión y espiritual que recorrió San Ignacio de Loyola.

PALABRAS CLAVES: Poesía, Humor, Espíritu, Vida, Arte, Palabra, Experiencia de Dios.

Tan absorto Gerardo en sus versos lamentando la soledad del río, que no advirtió el hortelano que bregaba conduciendo al agua hacia aquel plantel de tomates. Tampoco cayó en la cuenta del molinero que maldecía al río por sus escasos caudales. O quizás los viese, pero tan a lo “suyo” que sospechó que el río en su hondura se sentía sólo. Hay tantos ríos cuantas personas visitan o trajinan a sus ori-

llas. Así el mundo, despliegue inacabable de criaturas rentables para unos, bellas para embelesados o signos del Creador para ojos limpios. No solo la zarza de Moisés, toda criatura alberga un incendio para quien se detiene, mira y se descalza. Válganos poetas, místicos, la Palabra de Dios, sin olvidar a hortelanos y molineros.

Sí lo pensamos bien somos tan ríos como el padre de Jorge Manrique:

*“Nuestras vidas son los ríos/que van a dar en la mar,
que es el morir;/ allí van los señoríos/ derechos a se acabar
y consumir; allí los ríos caudales,
allí los otros, medianos y más chicos,
allegados, son iguales/ los que viven por sus manos y los ricos”*

Solo compite con el embrujo de los ríos, el agitarse nervioso de las llamas de leña ardiendo en la chimenea de cualquier anochecer labriego. Cuentan verdades que sobrecogen: lo que ayer fue árbol vigoroso, la llama le hiere y convierte en brillo breve y en ceniza. El río nos cita en el mar, si no nos ahogamos en él, para, ensanchados, reírnos de piedras del cauce. Agradecemos a hortelanos su bregar para acarrearnos sabrosos tomates, pero bebamos su hondura, acompañándole con ojos del cuerpo y del alma con valentía: “Indiferente o cobarde/ la ciudad vuelve la espada. / No quiere ver en tu espejo/ su muralla desdentada” (G. Diego).

El río de la vida, en su tremendo, glorioso o sufriente fluir, nos maravilla y sobrepasa con criaturas maravillosas y paisajes de ensueño nos hiere en el costado donde el amor anida quitándonos, de un solo tajo y sin miramiento. A quien más queríamos: ¿Cómo quejarse a la orilla del mar sepulcro de millones de trágicas vidas? En esa arista inevitable y misteriosa, nuestra condición está prodigiosa-

mente dotada para gozar o hacer gozar, sufrir y hacer sufrir, bendecir y blasfemar: “ángel con grandes alas de cadenas” (Blas de Otero).

El córtex cerebral nos aporta gloriosas ventajas y mágicas posibilidades sobre otros espabilados mamíferos. Pero caro el peaje de extravíos, quebraderos de cabeza y maldades que cuestionan la ventaja. Gozamos de un plus – llámese alma, mente – que permite afirmar: “el hombre supera infinitamente al hombre” (Pascal). Habrá que restar la finitud física (vulnerabilidad, muerte), cognitiva (respuestas ceban interrogantes, ignorancia creciente a más conocer), y, sobre todo, el sufrimiento propio y ajeno, la soledad y el fracaso. Qué extraña de que nada colme al hombre, angosta ventana de palpable finitud y ancho paisaje de huidiza infinitud!: “la sed que tengo no me la calma el beber” (Machado).

Algo hay que hacer con lo que nos sobrepasa, sea por bello y limpio como por terrible y cruel. Si te visitó lo primero, puedes asombrarte, estremecerte, danzar en terreno sagrado o tomar el pincel o la pluma y trazar un cuadro o una escultura. Si te sobrecogió lo doloroso o cruel, puedes distraerte, salir corriendo y olvidar o buscar sentido o entonar lamentos de desamparo. También cabe aliviar calamidades.

Sea como sea y donde sea, siempre hambreamos “algo más”: ¿“pasión inútil” insatisfecha? Dos caminos nos solicitan: ¿apuntarse a la feria de las vanidades y a la algarabía de la diversión para ignorar enigmas que nos superan? Pronto comprobamos que la banalidad sólo da juego en trayectos cortos o juveniles. ¡Alguien tendrá que pagar la última ronda o la desintoxicación! O del otro lado, emprender senderos empinados (belleza, justicia, bondad, verdad), aceptando ser sobrepasado. ¡Ojalá creamos que al deseo de absoluto espera un Dios –Playa en quien encontrarán respuesta inquietudes y preguntas! Triste sería cavarnos “aljibes agrietados que no retienen el agua” (Jr 2,13).

Trataré de dar cuenta de mi modo ignaciano apoyado en mi cristiana fe, mi amistad con poetas y mi mirada senequista trufada de humor andaluz y compasivo.

I – Tres miradas al río de la vida

“Hay más de Dios que de agua, en una gota de agua”

Pascal

1. Los poetas

La poesía canta a la afilada arista de la corporalidad vulnerable y del espíritu indomable: “comienza donde nace el misterio” (Gauguin). Todo arte verdadero nace en la vida minúscula del río y apunta, quizás sin saberlo, al mar de la Vida Mayúscula. En el poema y en el río se reflejan cielo y tierra. A los mojos del poeta los objetos y aconteceres se convierten en signos de un alfabeto que convoca lo infenable. Trasladar al poema o al cuadro al inasible es su noble y difícil tarea: “no instruir o educar; sino preparar el camino a la epifanía” (Guardini).

La palabra tiene en Dios su manida y toda palabra digna, su origen allá arriba. Decía A. Machado: “¡Poetas, sólo Dios habla!”. Todo arte apunta a transmitir como sea (pintura, escultura, arquitectura, música) un algo que nunca morirá. Si es arte logrado, su belleza se convierte en cobijo, pan y aire del que lo disfrute. No compartirla destila tristeza en quien la disfrutó, pues si tacaño, silenció lo bello, lo bueno llora. Aguas muy arriba de toda belleza late la ternura que el Verbo nos regala a través de la belleza de la materia.

Cinzel y pincel no están al alcance de todos. La palabra sí. Todo hombre puede convertirse en asesino o sacerdote de la palabra. La palabra más sencilla –¡Hola!– puede iluminar el paisaje como el vuelo de una paloma, o ensombrecerlo si se pronunció sin calor y verdad. La tenue factura de una palabra puede revelar o herir las palabras

*Todo arte
verdadero
siempre es
más que arte*

solemnes: amor, justicia, dolor, muerte, vida. El poeta dotado para sentir y expresar anuda lo alto y lo bajo, lo triste y lo alegre, lo pequeño y lo grande, lo humano y lo divino. La persona sencilla se aloja en sus versos y se abre a la gozosa realidad: “¡Basta una flor apenas abierta enteramente!”. El poema le iluminó con la “oscura certeza sosegada” que el poeta escribiera en su alma tras escuchar el silencio y escrutar la oscuridad. Su cantar se forjó en un río del que tantas veces volvió sin pescar nada. Ganó su pan con el sudor de la frente y accedió a la luz con los ojos bañados en lágrimas arrebatando tenue brillo. Juan Ramón Jiménez, agnóstico, pensaba que no había trabajado en vano para dios (su minúscula) si ese día había trabajado para la poesía.

Todo arte verdadero siempre es más que arte. Es la desmesura de olear algo que le corresponde: lo infinito. El poeta canta una palabra que más que suya es voz de la otra ladera del mundo: “Hombres, solo hablan los poetas” (Hölderlin). No compone, sino que es compuesto; no dice el Misterio, sino que el Misterio se dice a pesar de él. Escribía el pintor Franz Marc: “cada cosa tiene su piel y su hueso, su apariencia y su ser, su máscara y su verdad”. El arte intenta llegar al hueso de la dichosa visión. Viviendo dentro de la carne tendrá que rebasarla para acceder a su espíritu, zarpando más allá de los sentidos para acoger el regalo deseado: el mejor juguete no se compra con los ahorros del niño. Un sacerdote cabal robaría sus versos al poeta para convertirlos en vasos sagrados para “decir al Indecible”.

2. San Ignacio de Loyola

Un cielo estrellado y la eterna estrofa del Cardoner hicieron de un soldado un poeta. Los que lo conocían en pendencias y batallas

nunca imaginaron que llegaría a poeta aquel “travieso en juegos y en cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas”. De muchacho en Arévalo escribió un poema a san Pedro, hoy perdido. ¿Lloró la Poesía? Aunque disfrutaba leyendo en la biblioteca de Arévalo, lo suyo era la honra del mundo y las armas. Y en ellas le alcanzó en Pamplona, una bombarda en una pierna, “quebrándosela toda”. Llevado a Loyola sufrió épica “carnecería” para restaurarla. Herido probó la poesía romántica: “embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora..., los motes, las palabras que le diría...”. Y lo romántico se hizo épico con “libros que suelen llamar de caballerías” (Au 8). Y casi sin notarlo, se adentró en la mística, pues “la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor” (Au 11). Los cielos le contaron que “el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19) y le llenaron de ganas de servir al amor de Dios brillando en sus criaturas. Una herida, una dama, soñadas hazañas y cielo estrellado e Ignacio acaba poeta.

Al aprendiz de poeta le esperaba el Cardoner para doctorarlo cuando le enseñó lo que la estrella no supo contarle: no solo mis aguas fluyen, todo fluye sediento al mar: “se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento... entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de las cosas de la fe y letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas” (Au30; ver EJ 23). Esa experiencia de fluvial belleza –germen de sus Ejercicios- le rehízo de las tentaciones y escrúpulos que le acercaron al suicidio. La huella alargada de esta visión, la cuenta su amigo Nadal: “le quedó una actuación de contemplación y unión con Dios, que sentía devoción en todas las cosas y en todas partes muy fácilmente”.

Imposible seguir en la escuela. Escapó a la plaza de Manresa a buscar compañeros con fuego en sus entrañas. El río le abrigó la realidad. Desde el Principio y Fundamento de los Ejercicios – “el hombre es criado para alabar” (Ej 23)– hasta la “contemplación para alcanzar amor” (Ej 230-237), Ignacio ve “llamear las cosas” (Isaac el Sirio) con “el fuego del amor divino y el estallido fulgurante de su belleza en el interior de cada cosa” (Máximo el Confesor). Quien hace el mes de Ejercicios, no sólo crece en bondad sino en capacidad para lo bello: “la potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello” (Platón, en Filebo). La “vida verdadera” (Ej 139) es alabanza con el “canto de todas las cosas” en las que él “habita” (Ej 235). Tras leer la literatura sobre de las Constituciones y los Ejercicios, Roland Barthes, lingüista de talla, califica a Ignacio de “inventor de una lengua”. No fue él; fue el Cardoner.

3. La Palabra de Dios se asoma al río

Los profetas nos tienen por “pueblo necio y sin juicio, que tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye” (Jr 5, 21) o que ignoramos dónde “está la luz de los ojos” (Bar 3, 14). Así no vemos ni río, ni mar, ni peces, aunque “lo que puede conocerse de Dios lo tienen a la vista” (Rom 1, 19). ¡Con más medios que nunca para ver, y tan ciegos! ¡Tan expertos y tan incapaces, mientras lo revelas a la gente sencilla”! (Mt 11,25). Bajemos con ellos al nogueral “a examinar los brotes de la vega; a ver si ya las vides florecen, y si ya se abren los botones de los granados... Y sin saberlo nos encontramos subidos a la carroza de nuestro Príncipe” (Cant 6,11-12).

Las Escrituras poseen la fuerza del amor de Dios que las hizo irrumpir en la Historia

El Príncipe nos invitó a convertirnos en ríos: “El que cree en mí que beba y de sus entrañas manarán torrentes de agua viva” (Jn7, 38).

Las Escrituras poseen la fuerza del amor de Dios que las hizo irrumpir en la Historia. Su mera notación material, aunque sea “sagrada”, no es la palabra; como la partitura no es la música. Pero en ella anida el aliento del que lo brotó. Para despertarla basta leerla en el espíritu que la inspiró. La historia y el cosmos no es monólogo de Dios consigo mismo, sino dramático intento de dialogar con nosotros hasta que “una voz de afuera/ llegó a ser nuestra voz/ y hace decir sus cosas/ a nuestro corazón” (Juan R. Jiménez).

II- Tres medidas y la misma estrofa eterna

“sé lo que dicen todos los ríos”

El río, Pablo Neruda, junto al Arno en Florencia

Los ríos como las vidas –no importa caudal o cauce– cuentan la misma y “eterna estrofa del agua”. A Gerardo Diego se lo contó el Duero, a Ignacio el Cardoner, a Ángel Martínez el San Juan de Nicaragua. El río –como las vidas– nace en cualquier paraje ameno o desabrido, corre brioso o lento, se anuncia entre nubes, se despeña en torrentes, se desliza rumoroso entre praderas o se remansa buscando paz y abrigo entre arboledas. Quien mira un río con detenimiento y valor se enfrenta a las aguas que se deslizan entre los mandatos del cauce y al cambiante paisaje interior del que las contempla. Nadie, nunca, ve el mismo río dos veces. No solo porque el río cambie sino porque el Gerardo Diego del poema o el Ignacio atormentado a escrúpulos del Cardoner o Juan de la Cruz ansiando al Amado, se asomarán después al mismo río con otros sabores en el alma.

Ocurrirá, sin embargo, que los tres intuirán lo que el río contó al de otras creencias y saberes y se enriquecerán. Si Juan de la Cruz

entona su querella de ausencia amorosa: “¡Oh cristalina fuente, / si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujadas!”. Gerardo intuirá otro modo de “acompañar” al Duero. Ignacio al escuchar a Juan enamorado – “¡Apártalos, Amado, / que voy de vuelo!” – dejará recias penitencias y se adentrará en la alegría de la hondura del río”. ¡Todo río fluye muy “hondo” por menguada que sea su corriente”.

Para unir vida y espíritu hay que llorar desterrado junto a los canales de Babilonia recordando a Sion, con las cítaras colgadas en los sauces de sus orillas, mientras los que nos deportaron “nos invitan a cantar” Sal 137, 1-4). Hay musas que habitan bajo andrajos humildes y que invitan al poeta y al santo a dar nombre y rostro a la humildad del no ser y a la nada misma. Los dos saben que el océano del cosmos cabe en una gota de rocío. El poeta recordará cómo “la alondra aquella, que afrontó vendavales se entristece en la jaula, / así el alma del hombre se mantiene encogida en su reja de huesos. / Aquel ave en nostalgia de sus libres colinas, / este en trajín bregando todo el día de su triste existencia”. La Palabra confirma: “nada es pequeño o menudo para él” (Eclo 39, 20).

Para que el río de la vida minúscula se enriquezca con las aguas que “manan del santuario” (cf. Ez 47,12), hay que creer que Dios quiere ser nuestro mejor afluente y que quiere abrazar al ánimo devota, como los amantes junto al río, “en su amor y su alabanza (Ej 15). Para ese abrazo hay que abandonar la algarabía de la fiesta “cuanto más nuestra ánima se halla sola y apartada, se hace más apta para se acercar y allegar a su Criador y Señor (Ej 20). Y la Palabra lo confirma: “a la sombra del Amado quisiera sentarme y comer de sus frutos sabrosos” (Cant 23).

Todo poeta que se esforzó queriendo decir algo se duele de que algo falte en el himno que ansía: “Pero si el corazón se conmoviera, /

aunque algo desmañado sea al verso/la falta suple Dios. / Si el corazón suspira. ¡Si yo amara! / y se detiene: escribe Dios, Amaste”. Aún el más humilde regalo y la vida más sencilla piden recato cuando susurran. Ignacio anciano tras escuchar a otras margaritas, les pide: “¡Callad, callad! Ya os entiendo.

El río también me dijo que él no era nada sin sus afluentes que venían de tierras desconocidas. Me susurró que quien sólo acoge lo que entiende, hiere al mar. Ignacio me frenó ante lo que no entiendo o comparto: “todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla” (Ej 22). Y el poeta cantó la diferencia: “Siempre habrá nieve altanera / que vista el monte de armiño / y el agua humilde que trabaje / en la presa del molino. / Y siempre habrá un sol también / –sol verdugo y amigo– que trueque en llanto la nieve / y en nube el agua del río”. La Palabra me prohibió entender otros destinos: “Si quiero que se quede aquí hasta que yo vuelva, ¿a ti qué te importa? Tú sígueme” (Jn 21, 21).

El río me dijo llorando que no puede detenerse en los parajes más bellos y que fluir es morir al paisaje que amas y que río que no dice adiós, se empantana en laguna triste y nunca llega al mar. La Palabra me lo había avisado: “Ay del corazón cobarde. Ay del hombre que va por dos caminos” (Eclo 2,12) Ignacio espoleó mi cobardía, porque “lo que no alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele alcanzar en breve tiempo”. Y Juan Ramón Jiménez me lo embelleció: “¿Qué canción tuya quedará, / como una flor eterna, corazón, / cuando tú ya no tengas / ni fosa ni memoria: / cuál entre todas esas flores / de esta pradera mía, verde, que mueve, ahora, el viento alegre de mi vida?”.

Los ríos también se desatan, arrasan y destruyen. Cuesta entonces descubrir la blanca luz del Sol o la nocturna Luna reflejarse en el lodo. Solo quien sufrió inundaciones sabe lo que es techo seguro.

Wiesel jamás olvidó esa primera noche en el campo que hizo de mi vida una sola larga noche, /...esa humareda... (y) esas llamas que consumieron para siempre mi fe / esos instantes que asesinaron a mi Dios y a mi alma”. Es muy duro acercarse a vidas en las que “la Divinidad se esconde (y) deja padecer la sacratísima humanidad” (Ej 196). Difícil unir dolor y fe, dolor y poesía cuando pasamos ante alguien “sin figura, sin belleza...: no parecía hombre” (Is 52, 14). Todo río y toda vida choca con piedras, sufre sequías, salta despeñaderos, pero Ignacio pensaba que “un servidor de Dios en una enfermedad sale medio doctor”.

III- El humor y el río de la vida

Comprendo que puestos a alabar a Dios extrapolemos que envidiamos y apreciamos: infinitamente sabio, todopoderoso y bueno. Hasta ahí, de acuerdo. Pero desde esa lógica debe-

El sentido del humor está cerca de la gracia de Dios

ríamos atribuir a Dios otra cualidad envidiable: sentido del Humor. ¿Por dónde se extravió nuestra lógica? ¿Quizás porque el humor nos parezca poco serio o lo confundamos con lo cómico? Quizás también porque el horno de la Historia no está para bromas.

Reivindico al humor tanto como a la poesía para bordear y alcanzar lo divino. La mirada de Cervantes a la humanidad en Don Quijote y Sancho no tiene nada que envidiar a altas cumbres de la poesía. Unamuno admiraba que los sueños de Don Quijote surgiesen de “tierra pobre, tan desollada por seculares chaparrones que por donde quiera afloran a ras de ellas sus entrañas berroqueñas”. Puro humor de mirada que trasciende y asciende. Decía hace poco el Papa Francisco: “quien vive esta paz jamás pierde el sentido del humor”.

Sabe reírse de sí mismo, de los demás; es más, también de su propia sombra, se ríe de todo... Este sentido del humor está tan cerca de la gracia de Dios. La paz de Jesús... con ese pequeño sentido del humor que nos hace respirar bien, viene del Espíritu Santo.

¿No suena a broma que Dios diga “mira el hipopótamo al que he creado igual que a ti: es mi obra maestra” (Job 40, 15-19)? Humor divino escogió a Sara “de edad avanzada” (Gen 18,11) para darle un hijo a Abrahán. Humor de Dios guiar a su profeta Balaán pillándole la pierna a su borrica (Num 22, 25). Humor que un hombre cruce serranías buscando sus burras extraviadas y en su fracaso se encuentre, sin esperarlo, ungido rey (cf. 1 Sm 9-11). Humor divino elegir a David el más pequeño y pastor para derribar con su honda a Goliat, campeón de los enemigos (1 Sam 17, 1s.)”. Divino humor que al “acampar entre nosotros”, el que puso a navegar el cosmos, se rodeó de padres pobres y pastores “al relente” que no podían pisar el templo (Lc 2,8-20). Me atrevo a pensar con temor que desde un humor trágico e incomprensible, pudo gritar Jesús a su Padre que éramos más ignorantes que brutos cuando moría por la maldad y sangre de todos nosotros (Lc 23,34).

Pues nos falta humor, pidámoslo a Santo Tomás Moro que, citado con la horca, rezaba: “Concédeme, Señor una buena digestión, y algo de digerir. Concédeme salud del cuerpo, con el buen humor necesario para mantenerla. Dame, Señor, un alma santa que sepa aprovechar lo bueno y no se asuste ante el pecado, sino que encuentre manera de poner las cosas en orden. Concédeme un alma que no sepa de aburrimiento, murmuraciones, suspiros y lamentos. Dame, Señor, sentido del humor, la gracia de comprender las bromas, que conozca en la vida un poco de alegría y pueda comunicarla a los demás. Amén.

Ríos somos de principio a fin: “empezar a morir cuando nacemos/ y acabar de nacer cuando morimos” (A. Martínez de Baigorri). ¡Adiós! Soy mayor: el mar me llama. Atrás dejé mil fuentes y ríos. No importa, el mar encontrará. “El aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas” (Gn 1,2) y sigue mirándonos con sonrisa cargada de Amor y Humor. ¡Cantemos y sonriamos mientras se avecina el mar! “Mi Amado... los ríos sonorosos” (Juan de la Cruz).

Elogio de la SED



La sed de Jesús revela la sed humana

“La sed de Jesús es una sed de amar a las personas tal como son, con una pobreza y sus heridas con sus máscaras y mecanismos de defensa... y con toda su belleza. De lo que tiene sed es que cada uno de nosotros –“grande” o “pequeño”; es lo de menos– pueda vivir plenamente y experimentar el máximo de alegría. De lo que tiene sed es romper las cadenas que nos encierran en la culpa y el egoísmo, impidiéndonos avanzar y crecer en la libertad interior. De lo que tiene sed es liberar las energías más profundas ocultas en nosotros, para que podamos ser hombres y mujeres compasivos, artesanos de la paz como Él, sin rehuir el sufrimiento y los conflictos de nuestro fragmentado mundo, sino ocupando nuestro lugar en él y construyendo comunidades y lugares de amor, de manera que hagamos arder de esperanza esta tierra”.

Jean Vanier

LA MADRE DE DIOS SE APARECE COMO “COROMOTO”



Esta es una petición para que vayamos en contra de la indiferencia religiosa, del secularismo y la confusión de los valores y principios. Es una invitación a creer en Jesucristo, a participar en la Iglesia Católica y a profundizar en la fe. Se puede profundizar en la fe a través de la oración, la participación en la Santa Misa todos los domingos, la recepción de los Sacramentos, la lectura y el estudio de la Biblia, asistiendo a cursos de profundización en la fe, para convertirnos en personas cada día más firmes en nuestra fe, practicarla y vivir en constante unión con Dios, para ser cada día mejores a los ojos de Dios.

Cuando al final la Virgen le dice: “...para poder ir al cielo” está reconociendo las verdades últimas. Todos los seres humanos sabemos que al final de la vida vamos a un lugar de paz, felicidad de donde no se sale nunca (lo llamamos cielo) o a

un lugar de tormentos, fuego, desgracias de donde no sale nunca (lo llamamos infierno) Aun los que creen en muchas vidas al final habrá un lugar de felicidad o un lugar de tormento. La “Bella Señora” le estaba ofreciendo el lugar de felicidad y paz para siempre. Por eso, el Cacique Coromoto no dudó en aceptar la invitación.

Esta es una petición para que reconozcamos que la muerte no es la destrucción del hombre. Lo que Dios crea, no lo vuelve a “des-crear”. Lo que en cada uno de nosotros hay de indestructible se llama el alma. La vida eterna no es la propiedad química de un espíritu que, por sí mismo, durará siempre. La vida eterna es un don, el don de la salvación. En el cielo la persona estará llena de ternura en presencia de Dios y de sus hermanos reencontrados. Sí, volveremos a vernos, hermanos míos, la muerte física es sólo un hasta luego.

El alma ha sido hecha inmortal de cara a su felicidad, una felicidad que la sobrepasa. El paraíso no es una supervivencia aburrida, sino una alegría desbordante. Es una invitación a tener presente que podemos estar unidos a nuestros seres queridos que se han adelantado a la vida eterna y que podemos reencontrarnos con ellos comulgando con Jesús. Las fotos se ponen amarillas, los cabellos blancos; sólo permanece la fe.

La Virgen le hace ver en palabras muy sencillas al indio Coromoto que sólo tenemos una vida para decirle si o no a Dios. No hay examen de reparación, ni tampoco una nueva oportunidad. La única oportunidad es esta vida y en ti está la libertad de elegir.

Para los primeros cristianos, el Bautismo se consideraba un sello por el que somos ligados a la familia de Dios. Eso es lo que deja la “Bella Señora de Coromoto”, un sello que une en la nueva

alianza en el espíritu. Ella llama a recibir el Bautismo y a renovar esas promesas recibidas. Ella es el comienzo de esa nueva Alianza, gracias a su Sí voluntario de ser la esclava del señor, la Madre del verdadero Dios por el que se vive. El Niño Rey en las piernas de la Virgen de Coromoto dándonos su bendición con la mano derecha y mostrando al mundo con su mano izquierda, llama a la liberación con la verdad.

La imagen de la Virgen de Coromoto, ha cambiado sola a lo largo del tiempo. En la actualidad, muestra al Niño Jesús transformado en un cordero de pie. La Virgen de Coromoto viene a liberarnos al ofrecernos el Reino Eucarístico con el cordero, que derramó la sangre para lavarnos del pecado. Muestra la verdad para que seamos virtuosos y podamos vivir desde este mundo, la eternidad.

La Madre María de Coromoto, demuestra tener una excepcional vocación mediadora y



misionera, junto a un conocimiento absoluto de la realidad de los seres humanos dentro de su contexto histórico. Por esta razón, llama a vivir dos sacramentos fundamentales, el Bautismo y la Eucaristía, que manaron del corazón de Su Hijo. Ella busca por todos los medios, acercarse a las personas, creyentes o no, como fue el caso del cacique Coromoto y su familia, para que aprendamos a vivir la verdad y seamos auténticamente libres y felices.

Sabemos que, a lo largo de la historia, ha habido muchos santos que no han conocido a la Virgen de Coromoto. Siendo este, un boletín jesuita, es interesante buscar establecer la relación entre San Ignacio de Loyola y la Madre de Dios que se quedó en Venezuela y aceptó ser llamada Coromoto que significa “quien detiene la tormenta”.

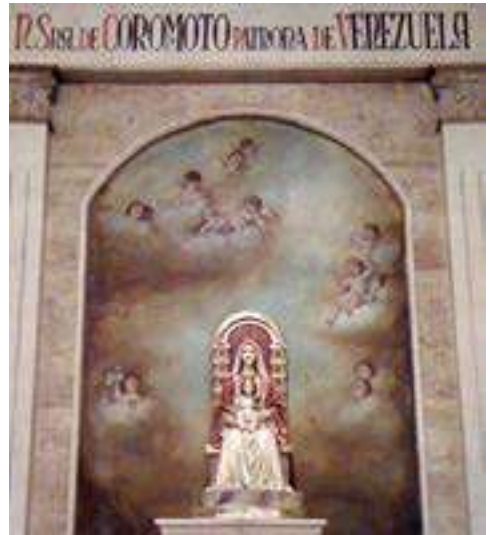
San Ignacio de Loyola (1491-1556) nunca habló de la Virgen de Coromoto, pues Ella apareció en 1651 y 1652, unos noventa y seis años después de que él falleció. Sin embargo, una característica muy clara de todos los santos, ha sido el ser grandes devotos marianos. San Ignacio fue uno de ellos. Su gran devoción a la Virgen María la extendió en toda su espiritualidad.



Concretamente trataba de encuadrar sus grandes momentos en fechas de la Virgen, propiciaba las peregrinaciones a los santuarios marianos, cargaba siempre con él medallas de la Virgen y por donde iba misionando recitaba y enseñaba las oraciones populares de su tiempo como eran el Ave María, la Salve, el Ángelus, el Rosario y celebraba misas votivas en honor a la Virgen. En las Iglesias y capillas de los jesuitas siempre sobresale una imagen de la Virgen. Todo esto, procuró extenderlo entre los miembros de la Compañía y los ejercitantes. A lo largo del tiempo, la Compañía de Jesús, a través de sus misiones, le ha dado un gran impulso al marianismo latinoamericano.

Todo esto, procuró extenderlo entre los miembros de la Compañía y los ejercitantes. A lo largo del tiempo, la Compañía de Jesús, a través de sus misiones, le ha dado un gran impulso al marianismo latinoamericano.

Además, San Ignacio de Loyola, a través de sus ejercicios espirituales, habla de las realidades eternas y buscaba que las personas fueran libres sobretodo de esas ataduras que impiden dar lo mejor de nosotros mismos para realizar el reino de Dios en medio de su sociedad, sabiendo que la vivencia de relaciones fraternas y justas es lo mejor que podemos tener en nuestra existencia.



A eso justamente invita el mensaje de la Virgen de Coromoto cuando le pide al Cacique Coromoto y su familia que vayan donde los blancos. Al hacerlo, debían aprender a vivir en fraternidad entre todos buscando el bien común para todos. Al pedirles que “se echaran agua en la cabeza para poder ir al cielo”, les hablaba de la realidad eterna.

El gran amor y la devoción de los jesuitas por la Madre de Dios animan al Apostolado Mundial de la Virgen de Coromoto a caminar por el mundo entero, tal como está sucediendo en este momento de la historia, en el cual se están creando nuevas comunidades centradas en María, la verdadera misionera que progresivamente conduce a todas las personas hacia Cristo conscientes de que con Dios siempre ganamos.

María García de Fleury

Elogio de la SED

“Al llorar el niño busca a un interlocutor que recoja el más auténtico de los mensajes: el de mi cuerpo”

“Conocí a dos bebés a los que su madre alimentaba como si diera de comer a unos cachorritos. Cuidaba de ellos, les daba la papilla a su hora, pero luego se alejaba de ellos, presa de su trabajo. Ella satisfacía las necesidades de los bebés, pero no empleaba tiempo con ellos. Cuando les llegó la edad de ir a la escuela, fue terrible, pues no querían ir de ninguna manera. El único placer de aquellas criaturas consistía en jugar con latas de conservas vacías, en las que introducían trozos de osos de peluches y de muñecos. Los niños imitaban a la madre, que solía hacer conservas; pero en vez de alimentos, ellos enlataban trozos de sus juguetes”.

Françoise Dolto
Psiquiatra infantil

PERCIBÍ QUE ESTABA SEDIENTO

CONTACTAR CON NUESTRA PROPIA SED no es operación fácil, pero sin ella la vida espiritual pierde adherencia a nuestra realidad, Tenemos necesidad de ese acto de reconocimiento para anclar el recorrido espiritual en nuestro horizonte concreto, biográfico e histórico. «La lluvia y la nieve descienden de los cielos y no vuelven allá si no es después de empapar, fecundar y hacer germinar la tierra», nos recuerda el poeta Isaías (55,10). Se trata de un auténtico proceso revitalizador. Pero la transformación no se produce si impermeabilizamos la vida en su corteza, manteniendo tan solo una gestión funcional y eficaz de la superficie; o si del mismo modo, nos proyectamos en una idealización que luego nos impide ver la vida tal como es, con sus formas y sus deformaciones, con su normalidad y su anomalía, con sus susurros y gritos, Y cuanto mayor sea la sequedad del terreno, tanto más difícil le resultará a la lluvia penetrar hasta los estratos interiores. A veces estamos absolutamente sedientos y no nos apercebimos de ello. Parece que todo fluye, pero en el fondo no es así.

Hemos de perder el miedo a reconocer nuestra sed y nuestra sequedad. Pero ¿cómo se mide la sequía espiritual? ¿Cómo percibe cada uno de nosotros la forma en que dicha sequía le invade?

Nosotros intelectualizamos demasiado la fe. Construimos un admirable Castillo de abstracciones. No es casual que la teología de los últimos siglos haya empleado tanto tiempo en debatir las cuestiones suscitadas por la Ilustración y haya dejado de lado las que plantea, por ejemplo, el Romanticismo, como son las cuestio-

nes de la identidad (colectiva y personal), de la emergencia del sujeto o de *mal de vivre*. Nos preocupa más la credibilidad existencial, antropológica y afectiva, Apelamos más a la razón que al sentimiento y dejamos atrás la riqueza de nuestro mundo emocional. Y valdría la pena, por ejemplo, escuchar lo que escribe el teólogo Bernard Lonergan en un libro editado a raíz del Concilio Vaticano II, donde trataba, ya entonces, los caminos teológicos de futuro. Habla él de la necesidad, a la hora de la elaboración doctrinal, de fijarnos más en el significado de nuestras emociones:

*Dios no nos
juzga antes de
abrazarnos.
Dios nos ama por
entero.*

«Las emociones dan a la conciencia intencional su masa, su momento, su energía, su fuerza. Sin estas emociones, nuestro conocer y nuestro decidir serían tan finos como el papel». Nosotros somos eso: una mezcla de muchos componentes emocionales, psicológicos y espirituales, y de todos ellos necesitamos ser conscientes. Precisamos mirarnos en nuestra integridad, sin temerla ni negarla, sino abrazándola con madurez, lucidez y confianza, porque así es como Dios nos mira, Al igual que al hijo prodigo, Dios no nos juzga antes de abrazarnos. Más aún sale corriendo a abrazarnos, sin permitir que seamos rehenes de juicio alguno ni de ningún tipo de justificación (Lc 15, 11-32), Dios nos ama por entero.

CÓMO VERIFICAR EL ESTADO DE NUESTRA SED

Para tratar de averiguar cuál es el estado de nuestra sed, creo que la literatura puede ayudarnos, y por eso, a lo largo de este recorrido, habremos de recurrir muchas veces a ella. Hoy se

recurre cada vez más, y muy provechosamente, a la literatura cuando se trata de hacer teología por considerarla una importante herramienta de análisis de los itinerarios religiosos. La literatura es, de hecho, una herramienta sapiencial. Probablemente ahora percibimos mejor que nunca que los literatos y los poetas son adecuados maestros espirituales, y que las obras literarias pueden ser de enorme utilidad en nuestro camino de maduración interior. ¿Y eso por qué? Preguntamos. El teólogo Elmar Salmann nos recuerda tres razones fundamentales: *en primer lugar*, porque la literatura consigue generarse como metáfora integral de la vida en sus distintos planos (su objetivo es descubrir la totalidad, no solo tal o cual dimensión unívoca); y la vida espiritual únicamente avanza si es, de hecho, una reconsideración de la existencia en su conjunto, en su diversidad. *En segundo lugar*, porque la literatura nos ofrece un conocimiento concreto, no conceptual (por ejemplo, no demuestra, sino que muestra, en un evidente esfuerzo de desapropiación ideológica por fidelidad a la existencia en sí misma); tampoco es la vida espiritual una ideología ni una idealización que se reduzca a sobrevolar nuestra realidad, como un sombrero metafísico planeador, sino que tiene que aterrizar en su existencia concreta. Y *en tercer lugar*, porque la literatura es un instrumento de precisión como pocos, pues está a la altura de la singularidad, la libertad y el carácter trágico de la vida (de hecho, consigue relatar el yo y el nosotros, lo ardiente personal y la aventura colectiva, pero también la gracia y el pecado, el encuentro y la soledad, el dolor y la redención). La vida espiritual no es algo prefabricado, sino que está implicada en la radical singularidad de cada sujeto. Para darle “carne” tiene que haber un rostro y un nombre. Por eso es del todo natural que, a lo largo de nuestro camino, vayamos buscando la aportación de la literatura.

PERCIBIR QUE ESTAMOS SEDIENTOS

Hablar de la sed es hablar de la existencia real y no de la ficción de uno mismo en la que tantas veces nos instalamos. Es iluminar una experiencia, más que un concepto. Es dejar que se exprese el cuerpo que somos, en su levedad y en su peso, en su unidad y en los atolladeros que lo dividen, en el entusiasmo y en la frustración, en la fatiga y en el júbilo de ser. Es empezar a auscultar en la profundidad de la vida. Habremos de descubrir que la sed nos expresa, pero posiblemente tengamos mayor dificultad para admitir siquiera que estamos sedientos. Todo parece discurrir sin especiales sobresaltos. Por eso reaccionamos con extrañeza y nos preguntamos: pero... ¿sedientos de qué?, ¿de quién? Puede ocurrir que, instalados en la rutina, desestimemos las señales de la sed y que estas, en un determinado momento, resulten tan incomprensibles como una lengua extranjera en la que no hemos sido iniciados. Sin embargo, la necesidad vital de restauración está, desde siempre, clavada en nuestra carne. No podemos simular que la sed no existe. Es más: del hecho de que sepamos «escucharla» depende la cualificación espiritual de la vida.

«El que tenga sed, que se acerque, y el que quiera que beba gratuitamente del agua de la vida» (Ap 22, 179). Un requisito para recibir el agua de la vida es estar sediento, reconocerse sediento. Y una interesante característica del Libro del Apocalipsis es que en él la sed no tiene propiamente un objeto determinado. Más que como sed de esto o de aquello, se refiere a la sed como aspiración profunda del hombre y como deseo continuo que únicamente se resuelve con la visión del «río de agua viva, brillante como el cristal, que brota del trono de Dios y del Cordero» (Ap 22,1). Esta agua viva que corre a nuestro encuentro ha sido tradicionalmente interpretada como una ilusión a la sacramentalidad de la Igle-

sia, si bien no en sentido exclusivo, puesto que incluye todas las formas de comunicación de la Vida Divina. Sabemos interpretar el agua. Pero ¿cómo interpretar la sed?

***Escuchar la propia
sed es interpretar
el deseo que habita
en nosotros***

Escuchar la propia sed es interpretar el deseo que habita en nosotros. Y, en este sentido, es ciertamente importante ahondar en el sentido de esta palabra. El amor no es un estado de posesión,

sino de deseo incesante de la verdad, la belleza y la bondad que a uno le faltan. ¿Qué sucede cuando amamos? Sencillamente, que el amor desea los bienes que no tiene en sí. La vocación del que ama es, pues, una vocación mendicante: emprende sus caminos sintiendo el malestar de sus manos vacías. Ha recibido los recursos para atraer y ser atraído, es decir ha recibido la sed. Y así es como vive. Por eso hemos de distinguir el deseo de la mera necesidad, que se calma y se satisface mediante la posesión de un objeto. No confundamos pues, el deseo con las necesidades. El deseo es una carencia nunca del todo satisfecha; es una tensión, una herida siempre abierta, una interminable exposición a la alteridad. El deseo es una aspiración que nos trasciende y que no necesariamente tiene un término, un final, al contrario de lo que ocurre con la necesidad, que es una carencia circunstancial del propio sujeto. Lo infinito del deseo es deseo de infinito.

En nuestra era contemporánea, Simone Weil reexamina el discurso platónico del deseo en clave mística y repite una y otra vez que el deseo constituye una engañosa trampa cuando versa sobre objetos finitos, porque estos enseguida se transforman en ídolos erigidos en lugar del absoluto. Pero afirma que el deseo es bueno en la medida que contenga una energía que se deje orien-

tar hacia lo alto, hacia lo divino. En este sentido, ella propone una educación del deseo que nos haga estar vigilantes con respecto a las tentaciones de sustitución, enseñándonos, sí, a permanecer en la carencia, en la incompletitud, en el vacío, en la espera. Para Simone Weil, sin embargo, no es nuestro deseo el que alcanza a Dios, si permanecemos sedientos y “desiderantes”, es el propio Dios quien desciende a nuestra humanidad para henchir de plenitud nuestro deseo. Mientras tanto, nuestro deseo es atención, vigilancia, fidelidad y confianza.

Es también muy importante lo que escribe Hegel en su *Fenomenología del Espíritu*: nuestro deseo dirigido al otro se manifiesta, fundamentalmente como un deseo de reconocimiento. El deseo del ser humano es el deseo de ser amado, mirado, cuidado, deseado y reconocido. Ser humano significa sentir que la existencia depende más de ese reconocimiento que de cualquier otra cosa, y por ello está dispuesto a arriesgarlo todo, hasta la propia vida. Mientras deseamos objetos, sean los que sean; mientras permitamos que lo que nos mueve sea conseguir cosas, carreras, títulos, honores... nuestro desear no será un desear verdadero. El puro deseo comienza cuando se formula, sin más, como desnuda apertura al otro.

Hoy resulta cada vez más claro que las sociedades capitalistas, organizadas en torno al consumo y que explotan ávidamente el compulsivo deseo de satisfacer las necesidades inducidas por la publicidad, lo que hacen en la práctica es avivar la sed y el deseo típicamente humanos. El discurso capitalista promete liberar al deseo de las inhibiciones de la ley y de la moral, en nombre de una satisfacción ilimitada. Pero cuando lo disfrute, la pasión y la alegría se agotan en el consumo desenfrenado, ya sea de objetos o de las propias personas, llegamos a la extinción de la sed, a la

agonía del deseo. La vida pierde el horizonte. Los techos se hacen cada vez más bajos. Tanto en nuestras culturas como en nuestras iglesias se produce un déficit de deseo. Cuando advertimos que estamos asistiendo hoy a la emergencia, cada vez en mayor escala, de individuos carentes de deseo, ello debería llevarnos a realizar una autocrítica eclesial. ¿Acaso constituimos los bautizados una comunidad de «desiderantes»? ¿Tienen sueños los cristianos? ¿Es la iglesia un laboratorio del Espíritu donde, nuestros hijos e hijas profetizan, nuestros ancianos tienen sueños y nuestros jóvenes elaboran nuevas visiones, no solo religiosas, sino también culturales, económicas, científicas y sociales? Recuerdo lo que escribió la sierva de Dios Dorothy Day, destacada exponente social y ardiente creyente:

“Para llegar al hombre de la calle hay que salir a la calle, donde el cristianismo puede ser un signo de contradicción... En la Edad Media, cuando una de cuatro personas padecía de lepra, tan solo en Francia existían dos mil leproserías dirigidas por religiosos. Puede que semejante comparación sea un tanto aterradora; sin embargo, si hoy en día se constata que uno de cada cinco trabajadores carece de empleo, esta nos parece una tragedia equiparable”.

La Iglesia tiene hambre y sed de justicia (Mt 5,6). ¿Esperan los cristianos realmente, de acuerdo con la promesa, «unos nuevos cielos y una nueva tierra donde habite la justicia» (2Pe 3,13)? ¿Y qué postura adoptamos ante «el sueño misionero de llegar a todos», esa sed que la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sitúa en el corazón mismo de la Iglesia como programa desafiante para el presente? Nos dice el Papa Francisco:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los horarios, los estilos y el lenguaje de toda la estructura eclesial se conviertan en un cauce más apropiado para la evangelización del mundo actual que para su propia preservación”.

Pensémoslo: ¿estamos manos a la obra o estamos brazos caídos?

LA SED DE DIOS

“Como jadea el ciervo tras las corrientes de agua...” El Salmo 42 nos ofrece, ante todo una imagen: la de un ciervo que, movido por la sed, emprende una obstinada búsqueda de agua, En la carta a los Romanos dirá San Pablo que también “la creación se encuentra en ansiosa espera, aguardando la revelación” (8,19). Es verdad. Sí supiéramos contemplar el mundo con amor, descubriríamos que es un libro de imágenes sobre la sed de Dios, No es, pues, únicamente el Salmo 42, sino toda la creación la que se ve atravesada por ese deseo visceral, esa tensión primordialmente inscrita, esa urgencia, esa alarma. Y el hecho de que sea un ciervo el que aparece en la metáfora no es indiferente. Como dice San Agustín: «¡Corre hacia la fuente, anhela ese manantial! Pero no corras como cualquier animal, sino como un ciervo: sin descanso..., pero con la prodigiosa velocidad del ciervo».

«Como jadea el ciervo tras las corrientes de agua, / así jadea mi alma en pos de Ti, mi Dios. /Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: / ¿cuándo llegaré a ver el rostro de Dios?» (Salmo 42,2-3). La distancia física amplifica el deseo: eso es lo que dicen las palabras del Salmo; y sabemos que el texto hebreo va más al fondo.

Tal vez los cristianos, y en particular nosotros, los pastores, necesitamos valorar en mayor medida la espiritualidad de la sed. Tal vez necesitamos recuperar el deseo, su itinerancia y su apertura, más que las codificaciones, donde todo está previsto, establecido y asegurado. La experiencia del deseo no es un título de propiedad ni una forma de poseer, sino más bien, una condición de mendicidad. El creyente es un mendigo de misericordia. Si es así como nos sentimos, no debemos preocuparnos: ese es nuestro lugar. El deseo nos expropia de nuestros saberes rutinizados, de nuestros diagnósticos y convicciones consolidadas, del patrimonio acumulado que nos sirve de impedimento, de la tiranía de nuestros puntos de vista absolutistas. El deseo no favorece el que nos cerremos en nuestro propio yo, sino que lo trasciende y lo redimensiona, poniéndonos delante del Otro y de



de su Alteridad. El yo del deseo da lugar al Otro, es decir, confía deposita fe en el Otro, se sitúa en su órbita, busca su luz. El deseo es la brújula: nos orienta hacia Dios. ¿Y cómo lo hace? Los poetas y los místicos nos lo explican pero por medio de enigmas. Lo más importante no es lo que he sido ni lo que soy, sino la potencialidad que Dios, despierta en mí.

Pero, para eso, tal vez los cristianos, y en particular nosotros, los pastores, debemos reconciliarnos mejor con nues-

tra vulnerabilidad. El Papa Francisco nos ha recordado que una de nuestras peores tentaciones es la tentación de la autosuficiencia y la autorreferencialidad. Cuando caemos en ella, hacemos de la vida una cápsula insonorizada que puede asemejarse a una cómoda zona de confort, la cual, sin embargo, nos sume en una anorexia mortal, porque el don de Dios y el de los hermanos no circulan, ni nos alimentamos de ellos. Abrazar la vulnerabilidad del otro es acceder a su deseo de ser reconocido y tocado, como el leproso que se acercó a Jesús (Mt8,3); como la suegra de Pedro, que yacía en la cama con fiebre (Mt 8,15); como la mujer que sufría de hemorragias desde hace doce años (Mt 9,20); como los que gritaban “¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!” (Mt 9,29); como los enfermos que suplicaban poder tocar al menos la orla de su manto (Mt 14,36); como los discípulos derribados por tierra en la escena de la transfiguración (Mt17,7); como los ciegos que, en Jericó, conmovieron a Jesús rogándole: “¡Señor, que se abran nuestros ojos!” (Mt 20, 43).

José Tolentino

Elogio de la SED

Existencia exaltada por la sed

Es justamente eso: el sueño de la perfección puede ser un camino que nos afinque únicamente en la superficie y nos impida acceder a la autenticidad de la vida. ¿Nos exige mucho tiempo deshacernos de la manía por las cosas perfectas, libres de la trepidación de lo real y librarnos de ese impulso que nos exilia al confort de las idealizaciones, o deshacernos del vicio de sobreponer a la reali-

dad un cortejo de falsas imágenes? Con evidente emoción, escribe **Thomas Merton** algo que debería hacer que nos detuviéramos a pensar:

“El Cristo que descubrimos realmente en nosotros mismos es distinto del que nos esforzamos, en vano, para admirar e idolatrar en nosotros. Muy al contrario: Él quiso identificarse con lo que nosotros no amamos en nosotros mismos, porque Él nos tomó sobre sí nuestra miseria y nuestro sufrimiento, nuestra pobreza y nuestros pecados. Jamás encontraremos paz si damos oídos a la ceguera que nos dice que el conflicto está superado. Sólo tendremos paz si somos capaces de escuchar y abrazar la danza contradictoria que agita nuestra sangre... Es ahí donde mejor se escuchan los ecos de la victoria del Resucitado”.



En esta oportunidad Juan Salvador Pérez, actual director de la revista SIC, realizó una entrevista al sacerdote jesuita James Martin, sobre cuatro temas de comprensión fundamental para llevar adelante nuestra misión compartida: pobreza, paciencia, la más reciente encíclica Fratelli Tutti y la oración.

El padre James Martin es un sacerdote jesuita estadounidense, escritor y editor general de la también revista Jesuita América. En 2017, el Papa Francisco lo nombró Consultor de la Secretaría de Comunicaciones del Vaticano. También es autor de *best sellers* en *The New York Times* y comentarista frecuente de la vida y las enseñanzas de Jesús, y de la espiritualidad ignaciana inspirada en San Ignacio de Loyola. Su más reciente libro se titula *Learning to pray, a guide to everyone*, traducido al español como *Aprendiendo a rezar, una guía para todos*, con el que busca acompañar a los lectores a través de la experiencia de la oración. Destaca el autor:

Este libro sobre la oración se diferencia de otros en que trata de hablar de lo que ocurre cuando se reza. Algunos libros sobre la oración pueden ser un poco vagos y hablar de los frutos de la

oración o de sentirse cerca de Dios, cuando lo que la gente quiere saber es qué es lo que pasa cuando rezas.

A partir de su experiencia como director espiritual, Martin, s.j., explora los diferentes modos en que se puede cultivar una relación personal con Dios a través de la oración. Así, el libro se convierte en una guía sobre la oración que muestra cómo todos pueden practicarla. Con esto vuelve a insistir en un aspecto clave:

Cuando digo que todo el mundo puede rezar, lo digo de verdad. Dios busca una relación con cada uno, creo que todos podemos experimentarla. Y todos tenemos el deseo de rezar, tenemos un deseo de estar en una relación con Dios. Yo diría que ese deseo viene de Él. Es la manera que tiene Dios de acercarnos a Él. Por eso ese deseo de oración es el deseo de Dios para ti y es así para todos.

Entre sus libros en español también encontramos: *La guía jesuita de (casi) todo: una espiritualidad para la vida real* y *Jesús: una peregrinación, mi vida con los santos y tender un puente.*

Este mes, en una entrevista exclusiva para la revista SIC, el sacerdote jesuita nos compartió un conjunto de reflexiones personalísimas sobre temas fundamentales para nuestra misión compartida.

Algunas reflexiones sobre la pobreza

-La filósofa española Adela Cortina ha venido planteando con agudeza que existe una suerte de “rechazo cultural a la pobreza”, aporofobia (fobia-temor al pobre) lo define ella, extendiéndonos una invitación a superar esta conducta excluyente y antidemocrática. En este sentido, ¿cómo debemos actuar ante la pobreza?, ¿qué debemos hacer ante esta realidad?

–Esa idea tiene sentido para mí. Durante las últimas décadas hemos sido condicionados, al menos en Occidente, a ver a los pobres como amenazas más que como nuestros hermanos y hermanas necesitados. En Estados Unidos, por ejemplo, los ricos han convencido a la clase media de que los pobres son sus enemigos dispuestos a quitarles cosas que, supuestamente, los pobres no merecen. Es lo mismo en todo el mundo, con personas que ven a los refugiados y migrantes, nuevamente, no como personas necesitadas, sino como amenazas, como personas a las que temer, como el «otro».

Todo esto se opone al mensaje de Cristo, que no solo era pobre, sino que también se ocupó de los pobres y específicamente nos pide, nos exige, cuidar de ellos. Me asombra escuchar a los políticos occidentales ignorar o negar este hecho: parte de ser cristiano es cuidar de los pobres.

Quizás la mejor manera de ablandar los corazones y lograr una conversión entre las personas es presentándoles a los pobres, ya sea uno a uno o mediante historias. Esto es parte de la “cultura del encuentro” de la que habla el Papa Francisco. Es mucho más difícil etiquetar a alguien como indigno o como una amenaza si conoces su historia. Es incluso mejor si puedes escucharlo contar sus historias cara a cara. Hay una razón por la que Jesús enseñó en parábolas, es decir, en historias: tienen la capacidad de convertirnos.

Algunas reflexiones sobre la *paciencia*

–Hoy la humanidad atraviesa tiempos difíciles. Los tiempos difíciles demandan actitudes virtuosas y entre esas virtudes se destaca la *paciencia*. «Patientia» viene del latín «patis», sufrir. Hoy la entendemos como la capacidad

de sobrellevar las adversidades. En este sentido, ¿qué nos exige ser pacientes en nuestras circunstancias actuales?, ¿cuánto de sufrimiento hay en ser paciente?

–Pasamos la mayor parte de nuestra vida esperando. Podríamos decir que la mayor parte de nuestras vidas no la vivimos en el espantoso terror del Viernes Santo o en la suprema alegría del Domingo de Resurrección, sino en algún punto intermedio. La mayor parte de nuestra vida, entonces, la pasamos en Sábado Santo: esperando, anhelando, preguntándonos. Esperamos que las cosas mejoren. Esperamos que la vida cambie. Esperamos una vacuna. Parte de esta espera es la paciencia.

La espera cristiana es más que una simple espera ciega, como si no supiéramos lo que sucederá o si todo dependiera del destino. La espera cristiana supone esperanza. Confía en que el cambio siempre es posible, que siempre hay nueva vida en el horizonte y que nada es imposible para Dios. Como descubrieron los discípulos el Domingo de Pascua.

Algunas reflexiones sobre la *Fratelli Tutti*

–“Todos hermanos”, un par de palabras que definen la propuesta del pontificado de S.S. Francisco. Esta encíclica es un llamado urgente a la fraternidad y a la amistad social como medios de reconstrucción, de sanación, de un mundo herido... ¿cómo realmente nos hacemos hermanos?, ¿cómo concretamente nos hacemos hermanos?, ¿cuándo somos verdaderamente hermanos?

–Estas son preguntas importantes. Para mí, podría resumirse la gran encíclica del Papa Francisco *Laudato Si*, sobre la creación, con una frase poderosa que él usa: «Todo está conectado». Y quizás una forma de resumir *Fratelli Tutti* es con la frase «Todos están conectados».

Parte de ser hermanos y hermanas no es simplemente cuidarnos los unos a los otros, por muy importante que sea, sino hacernos amigos. ¿Y qué significa eso? Significa tomarse el tiempo para escucharnos, unirnos a los demás en tiempos difíciles e incluso llorar con ellos. ¡Y reír también!

Una de mis expresiones favoritas sobre este punto proviene de un jesuita profesor de teología moral en el *Boston College*, James F. Keenan, s.j. Es brillante su definición de misericordia, pero también puede usarse como una definición de amistad y de ser hermano o hermana de alguien. Dice que es la «voluntad de entrar en el caos de la vida de otra persona».

Eso es lo que se necesita.

Algunas reflexiones sobre la oración

–Usted recientemente publicó un libro (lo define como un manual) para “Aprender a Rezar”... El momento es preciso, porque una situación borde como la que vivimos con la pandemia, nos llevó a todos (de una forma u otra, creyentes o no) a encontrarnos íntimamente con nuestros temores y nuestras preguntas. Algunos años atrás el cardenal Carlo María Martini, s.j. y Umberto Eco, reflexionaron epistolarmente sobre ello, y quisiera retomar este tema ante estas circunstancias: ¿en qué consiste la oración del que no cree?, ¿y en qué consiste la oración del que cree?

– ¡Esas son preguntas difíciles!

Creo que podría estar en desacuerdo con algunas personas que dicen que el no creyente puede orar. En su lugar, podría usar la palabra «meditar». Ciertamente, un no creyente puede meditar, y muchos lo hacen. Pero si la persona se resiste por completo a la idea de Dios, entonces sería difícil «orar». Porque la oración tiene un objeto, y ese objeto es Dios.

Pero incluso si hay un poco de curiosidad sobre la posibilidad de la existencia de Dios, ¡entonces creo que Dios puede trabajar con eso! Así que el agnóstico, o el que duda, o el que busca, seguramente puede orar.

En ese caso, una de las cosas más importantes es que el que busca reconozca que el mismo deseo por la oración proviene de Dios. Es decir, muchas de estas personas que buscan sienten que están orando simplemente por curiosidad. Pero a menudo les digo: «Así es como Dios los está atrayendo». ¿De qué otra manera haría Dios eso? Una pequeña placa en una casa de retiro resumió esto para mí: «Lo que buscas te está buscando».

¿Cómo ora el creyente? Bueno, ¡de tantas formas! (Esa es una de las razones por las que escribí mi nuevo libro). Pero en el fondo, él o ella ora honestamente, con confianza y luego con aceptación. Y de la forma que desee. Y no hay formas incorrectas de orar. Cualquier camino que te acerque a Dios es el camino correcto para ti.





“DIOS RESPONDE SIEMPRE”

En su catequesis, el Papa recordó que “el pedir, el suplicar es algo muy humano, ya que como creaturas no somos autónomos, sino que dependemos de la bondad del Señor”. Para Francisco, “nuestro consuelo es la seguridad de que Él escucha siempre nuestras súplicas y responde a nuestros ruegos como Padre amoroso”.

La oración cristiana es plenamente humana —nosotros rezamos como personas humanas, como lo que somos—, incluye la alabanza y la súplica.

De hecho, cuando Jesús enseñó a sus discípulos a rezar, lo hizo con el “**Padrenuestro**”, para que nos pongamos con Dios en la relación de confianza filial y le dirijamos todas nuestras necesidades.

Suplicamos a Dios por los dones más sublimes: la santificación de su nombre entre los hombres, el advenimiento de su señoría, la realización de su voluntad de bien en relación con el mundo.

En el “**Padrenuestro**” rezamos también por los dones más sencillos, por los dones más cotidianos, como el “pan de cada día”

—que quiere decir también la salud, la casa, el trabajo, las cosas de todos los días; y también quiere decir por la Eucaristía, necesaria para la vida en Cristo—; así como rezamos por el perdón de los pecados —que es algo cotidiano; siempre necesitamos perdón—, y por tanto la paz en nuestras relaciones; y finalmente que nos ayude en las tentaciones y nos libre del mal.

Pedir, suplicar. Esto es muy humano. «Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él».

Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios

Si uno se siente mal porque ha hecho cosas malas —es un pecador— cuando reza el Padrenuestro ya se está acercando al Señor. A veces podemos creer que no necesitamos nada, que nos bastamos nosotros mismos y vivimos en la autosuficiencia más completa. ¡A veces sucede esto! Pero antes o después esta ilusión se desvanece.

El ser humano es una invocación, que a veces se convierte en grito, a menudo contenido. El alma se parece a una tierra árida, sedienta, como dice el Salmo (cf. Sal 63,2). Todos experimentamos, en un momento u otro de nuestra existencia, el tiempo de la melancolía o de la soledad. La Biblia no se avergüenza de mostrar la condición humana marcada por la enfermedad, por las injusticias, la traición de los amigos, o la amenaza de los enemigos.

A veces parece que todo se derrumba, que la vida vivida hasta ahora ha sido vana. Y en estas situaciones aparentemente sin escapatoria hay una única salida: el grito, la oración: «¡Señor, ayúdame!». La oración abre destellos de luz en la más densa oscuridad. « ¡Señor, ayúdame!». Esto abre el camino, abre la senda.

Nosotros los seres humanos compartimos esta invocación de ayuda con toda la creación. No somos los únicos que “rezamos” en este universo exterminado: cada fragmento de la creación lleva inscrito el deseo de Dios. Y San Pablo lo expresó de esta manera. Dice así: «Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8,22-24).

En nosotros resuena el gemido multiforme de las creaturas: de los árboles, de las rocas, de los animales... Todo anhela la realización. Escribió Tertuliano: «Ora toda la creación, oran los animales domésticos y los salvajes, y doblan las rodillas y, cuando salen de sus establos o guaridas, levantan la vista hacia el cielo y con la boca, a su manera, hacen vibrar el aire. También las aves, cuando despiertan, alzan el vuelo hacia el cielo y extienden las alas, en lugar de las manos, en forma de cruz y dicen algo que asemeja una oración» Esta es una expresión poética para hacer un comentario a lo que San Pablo dice “que toda la creación gime, reza”. Pero nosotros, somos los únicos que rezamos conscientemente, que sabemos que nos dirigimos al Padre, y que entramos en diálogo con el Padre.

Por tanto, no tenemos que escandalizarnos si sentimos la necesidad de rezar, no tener vergüenza. Y sobre todo cuando estamos en la necesidad, pedir. Jesús hablando de un hombre desho-

nesto, que debe hacer cuentas con su patrón, dice esto: “Pedir, me avergüenzo”. Y muchos de nosotros tenemos este sentimiento: tenemos vergüenza de pedir; de pedir ayuda, de pedir a alguien que nos ayude a hacer algo, a llegar a esa meta, y también vergüenza de pedir a Dios. No hay que tener vergüenza de rezar y de decir: “Señor, necesito esto”, “Señor, estoy en esta dificultad”, “¡Ayúdame!”. Es el grito del corazón hacia Dios que es Padre.

Y tenemos que aprender a hacerlo también en los tiempos felices; dar gracias a Dios por cada cosa que se nos da, y no dar nada por descontado o debido: todo es gracia. El Señor siempre nos da, siempre, y todo es gracia, todo. Sin embargo, no reprimamos la súplica que surge espontánea en nosotros. La oración de petición va a la par que la aceptación de nuestro límite y de nuestra creaturalidad. Se puede incluso llegar a no creer en Dios, pero es difícil no creer en la oración: esta sencillamente existe; se presenta a nosotros como un grito; y todos tenemos que lidiar con esta voz interior que quizá puede callar durante mucho tiempo, pero un día se despierta y grita.

Sabemos que Dios responderá. No hay orante en el Libro de los Salmos que levante su lamento y no sea escuchado. Dios responde siempre: hoy, mañana, pero siempre responde, de una manera u otra. Siempre responde. La Biblia lo repite infinidad de veces: Dios escucha el grito de quien lo invoca.

Dios escucha el grito de quien lo invoca

También nuestras peticiones tartamudeadas, las que quedan en el fondo del corazón, que tenemos también vergüenza de expresar, el Padre las escucha y quiere donarnos el Espíritu Santo, que anima toda oración y lo transforma todo. Es cuestión de paciencia, siempre, de soportar la espera

Nosotros estamos en espera. Esto se ve bien. Pero también toda nuestra vida está en espera. Y la oración está en espera siempre, porque sabemos que el Señor responderá. Incluso la muerte tiembla cuando un cristiano reza, porque sabe que todo orante tiene un aliado más fuerte que ella: el Señor Resucitado. La muerte ya ha sido derrotada en Cristo, y vendrá el día en el que todo será definitivo, y ella ya no se burlará más de nuestra vida y de nuestra felicidad.

Aprendamos a estar en la espera del Señor. El Señor nos visita cada día en la intimidad de nuestro corazón si nosotros estamos a la espera. Y muchas veces no nos damos cuenta de que el Señor está cerca, que llama a nuestra puerta y lo dejamos pasar. “Tengo miedo de Dios cuando pasa; tengo miedo de que pase y yo no me dé cuenta”, decía san Agustín. Y el Señor pasa, el Señor viene, el Señor llama. Pero si tú tienes los oídos llenos de otros ruidos, no escucharás la llamada del Señor.

Hermanos y hermanas, estar en espera: ¡esta es la oración!

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Hoy conmemoramos a san Juan Diego, a quien Nuestra Señora de Guadalupe escogió como su enviado. Que a través de su intercesión presente a la Virgen los países de América Latina, damnificados por la pandemia y los desastres naturales, para que ella, como Madre, salga al encuentro de sus hijos y los cubra con su manto. Pidamos además al Señor que infunda en nosotros su Espíritu Santo para que vivifique nuestra oración y transforme nuestro corazón, abriéndolo al servicio de la caridad. Que el Señor los bendiga a todos.

Papa Francisco

Elogio de la SED

Hace algunos años, Hans Urs Von Balthasar dio una respuesta profética: “Sin la mariología, del cristianismo corre el riesgo de deshumanizarse, sin darse cuenta siquiera”. Ella nos llama a **orar así:**

LA ORACIÓN DE LA SED

¡Enséñame, Señor, a rezad mi sed,
a pedirte, no que la suprimamos de raíz
o que te apresures a apagarla,
sino que la hagas aún mayor,
en una medida que desconozco
y que únicamente sé que es Tuya!.

Enséñame, Señor, a beber de la propia sed de Ti,
como quien se alimenta incluso a oscuras
del fresco de la fuente.

Que la sed me haga mil veces mendigo,
haga que me enamore y me convierta en peregrino.
Que me obligue a preferir el camino a la posada
y la abierta confianza al cálculo programado.

Que esta sed sea el mapa y el viaje
la palabra encendida y el gesto que prepara
la mesa sobre la que compartimos el don.

Y que, cuando dé de beber a tus hijos,
no sea porque tengo en mi poder el agua,
sino porque, al igual que ellos,
sé lo que es la sed.

Elogio de la SED

“Hay más de Dios que de agua,
en una gota de agua”

Pascal



RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

<http://apostolado.org.ve/>

 [@aposvenezuela](https://www.instagram.com/aposvenezuela)

 [@aposvenezuela](https://twitter.com/aposvenezuela)

 www.facebook.com/apostoladovenezuela

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am